

Reseña

Yuval Noah Harari, *21 lecciones para el siglo XXI*, Debate, 6a reimp., 2020, México, 400 p.

Salvador Moreno-Pérez¹

La primera dificultad para reseñar un libro es la elección, así que en esta ocasión me guíe por el sentido común, escogí un *best seller*. El autor es profesor de historia en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Veo un cintillo en uno de sus libros, *De animales a dioses*, que dice más de cinco millones de ejemplares vendidos. Así que hojeo el tercer libro traducido al español, *21 lecciones para el siglo XXI*; y el título resulta relevante en estos tiempos de pandemia. La primera edición fue hace dos años en España, y ahora estoy frente a la sexta reimpresión en México.

¹ Salvador Moreno-Pérez. Investigador adscrito al área de Estudios Sociales del CESOP, Cámara de Diputados. Correo electrónico: salvador.moreno@diputados.gob.mx

En un examen general noto que todos los temas son preocupaciones actuales y que el libro lo recomiendan Bill Gates, Barak Obama y Mark Zuckerberg, entre otros. Entonces es tiempo de lectura.

Ya en la introducción el autor nos advierte “en un mundo inundado de información irrelevante, la claridad es poder”. Nos explica que la obra consiste en una serie de lecciones cuyo objetivo es fomentar la reflexión con la finalidad de ayudar al lector a participar en los debates de nuestra época.

El libro se divide en cinco partes: en la primera revisa la problemática política y tecnológica actual. Los temas que aborda son la decepción, el trabajo, la libertad y la igualdad. En la segunda parte analiza las consecuencias de la inteligencia artificial y la titula “El desafío político”; aquí las lecciones tratan de la comunidad, la civilización, el nacionalismo, la religión y la inmigración. La tercera parte, titulada “Desesperación

y esperanza”, aborda las lecciones provocadas por el terrorismo, la guerra, la humildad, Dios y el laicismo. La cuarta parte está dedicada a la noción de *posverdad* y cómo el *homo sapiens* puede dar sentido al mundo que ha creado. Aquí las lecciones se refieren a la ignorancia, justicia, posverdad y ciencia ficción. En la última parte trata de responder preguntas fundamentales: ¿quiénes somos?, ¿qué debemos hacer en la vida?, ¿qué tipo de talentos necesitamos? Con base en los conocimientos científicos, políticos y religiosos, ¿qué podemos decir acerca del significado de la vida en la actualidad? El apartado se titula “Resiliencia” e incluye tres lecciones: educación, significado y meditación.

El autor advierte la necesidad de crítica del modelo democrático liberal, ya que sin esa visión cuestionadora no se pueden reparar sus faltas ni ir más allá de él; la obra por tanto es una manifestación de la libertad de expresión. Parte de lo que se ha llamado “el fin de la historia”. Enseguida, aborda la crisis de lo que él llama el relato fascista, el relato comunista y el relato liberal.

Uno de los temas centrales es cómo la infotecnología y la biotecnología podrían reestructurar no sólo las economías y las sociedades, sino también nuestro cuerpo y

mente, aunque advierte un peligro, ya que los humanos siempre han sido mucho más duchos en inventar herramientas que en usarlas sabiamente. Uno de los rasgos de la realidad actual es que el ciudadano de a pie se siente cada vez más irrelevante en un mundo dominado por algoritmos; por ello afirma que en el siglo *xxi* quizá “las revueltas populistas se organicen no contra la élite económica que explota a la gente, sino contra una élite económica que ya no la necesita... Es mucho más difícil luchar contra la irrelevancia que contra la explotación”.

Asegura que miles de millones de personas podrán volverse innecesarias desde el punto de vista económico. Aquí plantea la posibilidad de que la inteligencia artificial (IA) pueda superar a los humanos no sólo en tareas rutinarias sino también en las que exigen “intuición”, así como la probabilidad de que los individuos sean sustituidos por una red integrada. También aborda la posibilidad de que el mercado de arte sea sustituido por la IA, así como los empleos de conductores y médicos.

Yuval Noah Harari pronostica la posibilidad de que en 2050 el mercado laboral se caracterice por la cooperación humano-IA en lugar de la competición entre una y otra.

En ese tiempo la idea de “un trabajo para toda la vida” y la idea de “una profesión para toda la vida” podrían parecer antediluvianas.

El historiador plantea que ante el hecho de que la economía futura no nos necesite, ni siquiera como consumidores, se necesita desarrollar nuevos modelos sociales y económicos guiados por el principio de proteger a los humanos y no a los empleos. Para ello propone la renta básica universal o servicios básicos universales. Los problemas de esas políticas van desde la propia definición de lo que se entiende por universal y lo básico. Al respecto considera que la felicidad humana depende menos de condiciones objetivas que de nuestras propias expectativas.

La pérdida futura de empleos masivos es una gran preocupación, pero afirma que lo que nos debe preocupar mucho más es el dominio de los algoritmos, es decir, las dictaduras digitales. La libertad en el relato liberal es el valor más importante y queda consagrada en los derechos humanos; los sentimientos humanos reflejan el libre albedrío. Al respecto, vislumbra el riesgo de que la capacidad tecnológica acceda al corazón humano y lo pueda manipular, lo que convertirá a la democracia en un espectáculo emocional de títeres.

El autor considera que los sentimientos no están basados en la intuición, la inspiración o la libertad, sino en el cálculo y pronto los algoritmos informáticos podrán aconsejarnos mejor que los sentimientos humanos. A medida que gobiernos y empresas consigan acceder al sistema operativo humano (sentimientos y emociones), estaremos expuestos a manipulación y publicidad dirigida con precisión y poco a poco perderemos nuestra capacidad de tomar decisiones por nosotros mismos.

Detalla la forma en que Google va ganando poder y cómo cada vez toma decisiones importantes por nosotros, por lo que la vida humana dejará de ser un drama de toma de decisiones, donde perderemos la autonomía y seremos sólo un minúsculo chip en un gigantesco sistema de procesamiento de datos que nadie entiende en realidad. En el futuro la decisión de contratar o no a alguien la tomarán los algoritmos con avanzados conocimientos éticos. También advierte sobre los riesgos de las dictaduras digitales con los gobiernos autoritarios a través de un control absoluto sobre los ciudadanos; sin embargo, vislumbra una esperanza, ya que a pesar del inmenso poder de la IA, por ahora su uso continuará dependiendo en cierta medida de la conciencia humana.

El escritor aborda las dificultades para lograr la igualdad humana. Al respecto señala que la globalización benefició a grandes segmentos de la humanidad, pero generó una creciente desigualdad y vaticina que en el siglo **xxi** una civilización posindustrial que se base en **ia**, la bioingeniería y la nanotecnología podría ser más independiente y autosuficiente, por lo que no sólo clases enteras, sino países y continentes enteros podrían resultar irrelevantes.

Aquí se hace necesario regular la propiedad de los datos como bienes más importantes. El nuevo modelo se basa en transferir la autoridad de los humanos a los algoritmos, incluida la autoridad para elegir y comprar cosas. La regulación de los datos enfrenta el problema de que no tenemos mucha experiencia al respecto, están por todas partes y en ningún lugar al mismo tiempo, afirma Harari.

En la segunda parte comienza con una gran premisa: “La fusión de la infotecnología y la biotecnología es una amenaza para los valores modernos fundamentales de la libertad y la igualdad”. Cualquier solución al reto tecnológico tiene que pasar por la cooperación global, pero el nacionalismo, la religión y la cultura dividen a la humanidad en

campos hostiles y hacen muy difícil cooperar globalmente.

Una característica esencial del ser humano es su tendencia a vivir en comunidad. En ese sentido el historiador analiza el papel de Facebook como un mecanismo para fortalecer los lazos comunitarios; sin embargo, se comprobó que los datos que se confiaban a Facebook fueron utilizados para manipular las elecciones. El autor plantea que ante la desintegración de las comunidades uno de los retos es investigar si las redes sociales pueden ayudar a la creación de una comunidad humana global.

Por desgracia, afirma Yuval Noah Harari, fuera de las redes sociales los humanos se sienten solos y alienados. La gente lleva vidas cada vez más solitarias en un planeta cada vez más conectado. Afirma que Facebook difícilmente puede constituirse en una comunidad global cuando se gana dinero a fuerza de captar la atención de la gente y vendérsela a los anunciantes, pero reconoce su compromiso ideológico e invita a empresas y gobierno a competir con Facebook adoptando sus compromisos ideológicos como utilizar la **ia** para fortalecer el tejido social y propiciar la unión mundial.

Uno de los objetivos de Facebook es que las comunidades co-

nectadas ayuden a promover a las desconectadas. Al respecto el historiador afirma que durante el último siglo la tecnología se ha distanciado de nuestro cuerpo, “estamos más interesados en lo que ocurre en el ciberespacio que lo que está pasando en la calle”, y lo que la gente necesita en realidad son herramientas para conectarse a sus propias experiencias. Ahora los humanos están determinados por las reacciones en línea. El historiador considera que la humanidad no puede ser feliz si está desconectada de su cuerpo, si no se siente cómoda en su cuerpo no se sentirá cómoda en el mundo.

Advierte que sólo existe una civilización, pero la tesis dominante es del “choque de civilizaciones”, según la cual el mundo ha estado dividido en varias civilizaciones cuyos miembros entienden el mundo de manera irreconciliable. Aquí hace un recorrido histórico sobre los conflictos entre naciones donde la identidad se define más por conflictos y dilemas que por acuerdos. El autor reconoce de forma concluyente que la humanidad está muy lejos de construir una comunidad armoniosa, pero todos somos miembros de una única y “revoltosa” civilización global.

Aquí Harari se pregunta si los nacionalismos pueden abonar a la

solución de los problemas globales. La respuesta es que los nacionalismos conducen a la guerra, aunque los estados-nación modernos también crearon sistemas de asistencia social, educación y bienestar. Después de ofrecer un panorama mundial de crisis y conflictos, la conclusión es que ninguna economía moderna puede sobrevivir sin una red comercial global y que la humanidad enfrenta retos comunes que sólo pueden resolverse con cooperación global para enfrentar el reto nuclear, ecológico y tecnológico. Tales desafíos obligan a ir mucho más allá del punto de vista nacionalista y considerar las cosas desde una perspectiva global o incluso cósmica, afirma el historiador.

Otra de las lecciones abordadas por el autor es el papel de las religiones en los problemas técnicos o políticos y reconoce que la mayoría de las veces constituyen una parte importante del problema, mas no de su solución potencial, ya que se usan como sirvientas del nacionalismo moderno.

En lo que se refiere a la inmigración, el historiador considera que se puede ver como un pacto con tres condiciones o términos básicos: *a)* el país anfitrión permite la entrada de inmigrantes en su territorio; *b)* los inmigrantes deben adoptar las

normas y valores fundamentales del país anfitrión, c) si los inmigrantes se asimilan hasta cierto grado, con el tiempo se convierten en miembros iguales y completos del país anfitrión.

El autor aborda los principales debates sobre el tema. Al respecto sobresale que la diferencia no implica jerarquías; no todas las culturas se caracterizan por el mismo nivel de aceptación; el color de la piel importa mucho y observa las relaciones entre culturalismo y racismo.

En la tercera parte del libro, sobre la desesperación y la esperanza, el autor resume su pensamiento en la siguiente premisa: “Aunque los retos no tienen precedentes, y aunque los desacuerdos son enormes, la humanidad puede dar la talla si mantenemos nuestros temores bajo control y somos un poco más humildes respecto a nuestras opiniones”.

Harari analiza el terrorismo como un hecho maximizado, ya que en el terrorismo el miedo es el argumento principal y existe una desproporción asombrosa entre la fuerza real de los terroristas y el miedo que consiguen inspirar. El autor afirma que el terrorismo es una estrategia militar muy poco interesante, porque deja todas las decisiones importantes en manos del enemigo. Al matar a unas cuantas

personas, los terroristas consiguen que millones de ellas teman por su vida; sin embargo, los considera débiles porque no pueden librar una guerra.

Recomienda a los Estados lidiar contra los terroristas en tres frentes: acciones clandestinas contra redes terroristas; los medios de comunicación deben evitar la histeria; la imaginación de cada uno, ya que es nuestro miedo interior lo que hace que los medios se obsesionen por el terrorismo y los gobiernos reaccionen de manera desproporcionada.

Otra lección relevante que da el autor es la cuestión de la guerra como una manifestación de la estupidez humana, pero considera a la humildad como un posible remedio contra ese mal. Explica que la raíz de los conflictos se encuentra en el hecho de que la mayoría de la gente suele creer que es el centro del mundo y su cultura el eje de la historia humana, y aquí la ideología religiosa tiene un gran papel. El autor analiza el papel de las religiones en la definición de la ética y los nacionalismos, así como la idea del monoteísmo como causa del fanatismo religioso.

Harari recomienda la humildad ante Dios, ya que cuando los humanos hablan de Dios profesan una modestia supina, pero después

usan el nombre de Dios para tratar despóticamente a sus hermanos. Ante ese fracaso religioso el autor propone el laicismo como una opción viable.

El ideal laico tiene varios compromisos como la verdad, la compasión, la igualdad, la libertad de pensar, investigar y experimentar; se requiere mucha valentía para luchar contra los prejuicios y regímenes opresivos; las personas laicas valoran la responsabilidad.

Afirma que uno de los rasgos de la actualidad es la ignorancia, ahora sabemos menos de lo que imaginamos. Nos encontramos en lo que los expertos han llamado “la ilusión del conocimiento”; creemos que sabemos muchas cosas, aunque individualmente conocemos muy poco, porque tratamos el conocimiento de los demás como si fuera propio.

Los humanos sabrán menos de los artilugios tecnológicos, de las corrientes económicas y de las dinámicas políticas que modelan el mundo. Lo mejor que podemos hacer en tales situaciones es reconocer nuestra ignorancia individual, pero se pregunta nuestro historiador: ¿cómo confiar en distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, entre la justicia y la injusticia? ¿Puede nuestro sentido de justicia estar anticuado? Cuando intenta-

mos comprender las relaciones entre millones de personas a lo largo de continentes enteros, nuestro sentido moral queda abrumado, dado que dependo para mi existencia de una red alucinante de lazos económicos y políticas globales. El sistema está estructurado de tal modo que quienes no hacen ningún esfuerzo para saber pueden vivir una dichosa ignorancia y los que sí lo hacen les costará mucho descubrir la verdad; entonces la ignorancia e indiferencia hacen daño igual o mayor que el odio y la codicia.

El autor ejemplifica las injusticias que surgen en el mundo contemporáneo por sesgos estructurales a gran escala y nuestro cerebro no ha evolucionado para detectar sesgos estructurales. Para intentar entender y juzgar los dilemas morales globales se recurre a cuatro métodos: minimizar la cuestión; centrarse en una historia humana conmovedora que representa todo el conflicto; pergeñar teorías conspiratorias; crear un dogma religioso o ideológico como refugio seguro frente a la frustrante complejidad de la realidad.

El historiador plantea que nos encontramos en la era de la posverdad cuyo poder depende de crear ficciones y creer en ellas; pero no como característica contemporánea

sino como algo permanente. Ejemplifica lo anterior con la existencia de los mitos religiosos. En la práctica, afirma Harari, el poder de la cooperación humana depende de un equilibrio delicado entre verdad y ficción.

A lo largo de la historia los eruditos se han enfrentado al dilema de si están al servicio del poder o de la verdad; los humanos prefieren el poder a la verdad. Lo anterior no significa que las noticias falsas no sean un problema grave y que la verdad no exista. El historiador recomienda invertir en información de calidad y las lecturas científicas relevantes. Los humanos controlan el mundo porque pueden cooperar mejor que ningún otro animal, y pueden cooperar tan bien porque creen en las ficciones.

En la última parte, titulada “Resiliencia”, el autor se pregunta: ¿cómo vivir en una época de desconcierto cuando los relatos antiguos se han desmoronado y todavía no ha surgido un relato nuevo que los sustituya?

La tecnología nos permite modificar cuerpos, cerebros y mentes, ya no podemos estar seguros de nada, ni siquiera de aquello que parecía fijo y eterno. El cambio es la única certeza que tenemos y la incertidumbre su característica dis-

tintiva. Ahora nuevamente adquiere sentido encontrar el significado de la vida, la función única de cada uno, y llevar una vida satisfactoria significa cumplir esa función. Aquí el autor habla de las crisis de los relatos o ideologías y rescata la trascendencia humana como uno de los objetivos de la vida.

La vida no es un relato, pero existen porque los humanos necesitan creer en ellos, porque dan sentido e identidad. El historiador explica que la mayoría de los relatos se mantienen cohesionados por el peso de su techo más que por la solidez de sus cimientos; aquí lo ejemplifica con las religiones y sus ritos. Aborda la necesidad de sufrimiento para el convencimiento de que el relato es real; el sacrificio fortalece la fe humana y de ahí la existencia de mártires.

La mayoría de los grandes relatos de la humanidad han establecido ideales que la mayor parte de la gente no puede cumplir y la búsqueda humana de sentido a la vida acaba muy frecuentemente con una sucesión de sacrificios. Afirma contundente que el sentido de la vida no es un producto prefabricado, no hay un guion divino, nada externo puede dar sentido a la vida, es el humano el que lo impregna de significado mediante el libre albedrío y a

través de sus propios sentimientos, pero cuestiona si los humanos realmente tenemos libre albedrío y se pregunta sobre el sentido de la vida.

La última lección se trata de la meditación como una forma de encontrar sentido a la vida y la identidad. El historiador encontró en un curso de meditación *Vipassana* (introspección), basada en la intuición, de que el flujo de la mente se halla estrechamente interconectada con las sensaciones corporales. Aquí Noah Harari aborda cuestiones fundamentales como las diferencias entre mente y cerebro, y considera que una de las formas de conocer la mente humana es la meditación, la cual debe considerarse como una

herramienta científica. Se trata de que en el futuro no dejemos que esta tarea la haga el algoritmo: serán los algoritmos los que decidan por nosotros quiénes somos y qué deberíamos saber sobre nosotros o elegimos hacerlo por nosotros mismos, pero desde ahora, concluye Yuval Noah Harari.

21 lecciones para el siglo XXI sin lugar a dudas es una lectura que modifica la vida y las estructuras de nuestro pensamiento. La breve reseña de los 21 capítulos es apenas un pequeño destello de lo que el lector encontrará en la redacción sencilla, pero con numerosas referencias históricas, para ejemplificar los retos del futuro.